

TRES HISTORIAS DE LADRONES

Historias, sí, y no cuentos, aunque lo parezcan, pues se trata de hechos ocurridos en nuestro pueblo, de los cuales estoy seguro que algunos ancianos santacruceños tienen memoria, por haber acontecido en sus días o haberlos oídos contar a sus padres.

Los tres relatos, por ser de ladrones, tienen en común el afán de dinero, afán que sentimos todos los humanos y que, hasta cierto punto, es legítimo, porque el dinero nos preserva de sufrir privaciones; de ahí que también quienes más necesidades padezcan, más afán de dinero tengan. Se puede afirmar que el hambre produce ladrones, porque engendra desesperación; pero a veces es la maldad la que los impulsa, incluso hasta el crimen.

De estas circunstancias nacieron los hechos que voy a narrar con brevedad y llanamente, aunque los temas dan para mucho más.

EL TÍO "PAPARRABIAS"

Sería en la primera década del presente siglo cuando aconteció nuestra historia. Bien sabido es que a la sazón, quienes carecían de bienes propios o de trabajo seguro, estaban abocados a padecer hambre la mitad del año y a medio comer la otra mitad. Esta situación hacía que las conciencias, cuando no las fortalecía suficientemente la honradez, se inclinaban fácilmente a buscar, donde y como fuera, medios de subsistencia.

Así se formaban grupos de desesperados que se dedicaban al robo, primero de dinero para comprar comida, luego por el mero deseo de riqueza, y a medida que se hundían en el delito, se endurecían sus conciencias y llegaban a los extremos de la maldad, incluyendo al asesinato.

El tío "Paparrabias" formaba parte de uno de estos grupos de ladrones, compuesto por él y tres compinches. Durante meses, años quizá, se habían dedicado al robo, lo mismo en Santa Cruz que en otros pueblos de los alrededores. Pero cuando planeaban un nuevo hecho, de mayor importancia, el tío "Paparrabias" dijo a sus compañeros:

— Yo no voy con vosotros en este asunto. Creo que tenemos bastante para vivir tranquilos algunos años, y no quiero seguir haciendo estas cosas. Soy cristiano y se que si no me arrepiento y me enmiendo a tiempo, me condenaré para siempre cuando me muera.

—¿Conque ésas tenemos ahora?— dijo uno de sus compañeros.

—Si, y vosotros debíais pensar lo mismo— respondió el tío Paparrabias—
—De todas maneras, no temáis que yo diga nada de vosotros. Por mí podéis hacer lo que queráis y estar tranquilos.

—Eso no lo sabemos— agregó otro de los ladrones— Si hablas de arrepentimientos, ¡quién sabe lo que harías después! Así que tú vienes con nosotros o de aquí no sales. Conque tú verás.

—Podéis hacer conmigo lo que queráis, pero yo no pecho más— respondió el tío "Paparrabias" con resignación.

Y entonces los otros le cogieron y le mataron. Luego le cortaron la cabeza y llevaron el cuerpo lejos de la casa, que estaba por el Arrabal y era de uno de ellos. Así que al otro día apareció el cadáver al pie del pretil del Coso. Aunque estaba sin cabeza, por la ropa le conocieron dos hermanas que tenía el tío "Paparrabias". La cabeza no apareció nunca, y alguien dijo que la habían tirado al Tajo.

Enterraron el cuerpo y se cuenta que al cabo de dos años seguía incorrupto, por lo que las personas devotas afirman que murió santo por haberse negado a pecar más y arrepentido del mal que había hecho.

LA CRIADA REZADORA

Este suceso tuvo lugar en la conocida casa de Juan Palacios, en la Calle del Coso, de nuestro pueblo.

Vivía en dicha mansión una anciana señora en unión de una criada, también de edad avanzada.

Cierta noche penetraron en la vivienda unos ladrones, con la cara tapada. Llegaron hasta el dormitorio donde estaban acostadas las dos mujeres y les dijeron que eran trabajadores y tan pobres que no tenían ni para comer. Por eso habían entrado en la casa y que si les daban el dinero que tuvieran, no les harían nada; pero que si les engañaban, las matarían.

Las dos mujeres estaban tan asustadas que no podían ni hablar. Sólo la criada rezaba y rezaba continuamente invocando a la Virgen de los Remedios mientras se santiguaba sin parar.

Por fin, angustiada y temblorosa, la señora dió a los ladrones el dinero que tenía en la casa, y ellos se marcharon por donde habían venido, sin hacerles ningún daño mayor.

Pasado algún tiempo, un domingo, al acabar la misa, cuando la criada tomaba el agua bendita y se santiguaba para salir de la iglesia, un hombre que estaba a su lado, la dijo sonriendo con guasa:

—Hola, amiguita de la Virgen de los Remedios, ¿cómo te va?

Y en seguida se fué, perdiéndose entre la gente.

Pero la criada se había fijado bien en él, y al comprender que era uno de los ladrones, lo denunció a la justicia.

Fué apresado y tuvo que decir quienes eran sus cómplices, siendo también detenidos, y así todos pagaron en la cárcel sus delitos, que habían sido muchos, pues se habían dedicado al robo durante años.

Y es evidente que si vinieron a caer en manos de la Justicia, fué por la devoción que la anciana criada tenía en Nuestra Sra. de los Remedios... y por querer burlarse de ello el ladrón tan torpemente.

LA CRUZ DEL SERRANERO

Pocos santacruceños habrá que no conozcan esta historia, sobre todo los pastores con más de 50 años. Yo no sé



COLABORACIONES

exactamente cuándo sucedió, pero creo que hacia finales de los veinte, ya que en 1930 yo ví la llamada "Cruz del Serranero" y aunque era de madera, con las letras pintadas en negro, todo ello se conservaba perfectamente, o sea poco afectado por las inclemencias del tiempo. Como yo no sabía leer a la sazón ni quienes estaban conmigo tampoco, no pude enterarme de lo que decía el texto.

El hecho ocurrió del siguiente modo, poco más o menos; todo ello como supuesto, ya que no hubo testigos, ni se conoce declaración alguna que lo precise.

Cuando los rebaños de merinos trashumantes subían hacia el norte en la primavera, por la Cañada Real Soriana, o vereda merinera, que atraviesa nuestro pueblo y término, sucedió que el mayoral de uno de estos rebaños vendió una partida de reses a los carniceros de Santa Cruz. Para hacer la cuenta y cobrar su importe, se quedó en el pueblo, reservándose una yegua en la que montar, mientras sus compañeros seguían con el rebaño.

Debió tardar bastante tiempo, pues cuando tuvo lugar el suceso, en la cuesta de bajada del arroyo de Grajales, en el término de Fuentidueña, no había alcanzado todavía al rebaño.

En el citado paraje, la vereda descendió bruscamente, por lo cual queda ocul-

ta la vista de quienes se hallen en la parte llana de uno u otro lado de la hondonada. Esto debían conocerlo quienes cometieron el hecho, pues aunque la misma condición del terreno se da en arroyo del Cambrón, este punto queda mucho más próximo del pueblo y no es tan solitario como el que eligieron.

Fué el caso que al llegar al mencionado arroyo de los Grajales, el serrano, y no serranero, como incorrectamente llaman a los merineros trashumantes en nuestro pueblo, alguien salió al encuentro del pastor, no se sabe ni quién ni cuántos, y le mataron a puñaladas para robarle. Lo que si se conoce es que al caer herido, la yegua emprendió el galope a la querencia del rebaño, del que tal vez ya oyera los cencerros, alcanzándole a los pocos minutos, antes de llegar al Roblejo.

Al ver llegar a la yegua sin jinete y con el aparejo manchado de sangre, los merineros sospecharon lo ocurrido, y volvieron por la vereda hasta que encontraron el cadáver de su compañero.

Parece ser que nunca fueron descubiertos los asesinos, pero sí es sabido que éstos no obtuvieron ningún fruto de su crimen, pues el mayoral había guardado el dinero en el aparejo de la yegua, donde fué hallado luego sin que faltase ni un duro.

Aunque la muerte del merinero se produjo en el camino que discurre por la derecha de la vereda, según se baja, la cruz fue colocada sobre un zopetero que se alzaba en el borde del arroyo que recorta la vereda por su orilla izquierda. Era la cruz pequeña, de unos 40 centímetros de alta, de madera, con la inscripción en letras negras. La primera vez que la vi fué en 1930, teniendo yo 6 años, y por no saber leer ni quienes estaban conmigo tampoco, no pude saber lo que decía la citada inscripción; pero se conservaba perfectamente, como puesta de poco tiempo. Cuando la ví por última vez, en 1935, ya estaba muy dañada por las inclemencias del tiempo, y hoy supongo que no existirá rastro de ella, después de tantos años.

Sin embargo, desde que se cometió el crimen y se puso el piadoso recuerdo que antaño era costumbre colocar en los lugares donde se había producido un hecho fatal, el paraje es llamado "La Cruz del Serranero", y el relato del suceso es transmitido como queda dicho de generación en generación entre la gente de Santa Cruz.

Jerónimo - Gregorio Navarro

SANTA CRUZ DE LA ZARZA

Es un pueblo toledano de nuestra querida España en la meseta de Ocaña entre laderas y llano, que se siente muy ufano con sus famosos heraldos, y sus vinos-buenos caldos para aliviadero humano

Tiene varios monumentos, dos IGLESIAS muy bonitas y, alrededor del pueblo, ermitas, y un antiguo convento que quiere vencer el viento, y no digamos los años, porque con él no hay apaños aunque tenga buen cimientito.

Hay un "Arco de la Villa", "Hontanillas" y "Cañejo" de buen agua para el viejo de este pueblo de Castilla, y es una maravilla la BIBLIOTECA que tenemos donde leen, por lo menos, la menuda gentecilla

Escudos hay por Chacón, Mayor y Subida al Coso y en "Casa del Gallo"- ¡qué hermoso!- resulta este blasón. Está en esta población "LA CASA DE LA CADENA" que tiene historia muy buena que llega al corazón.

Y el orgullo de "LA FUENTE", el divino manantial con sus aguas de cristal para refrescar la frente. Agua que pido que aumente para que sigan "LOS CAÑOS" hasta el fin de los años para toda buena gente.

Y para el que nos visita y en "LOS CAÑOS" se detiene si con sed de agua viene a beber agua fresquita. Si trae sombrero se quita y ante el caño se inclina a beber agua muy fina QUE EL HOMBRE NECESITA.

José Loeches García-Caro